

—Nada —respondió Calixto buscando en la mesa un objeto que no existía.

—¡Ah! —exclamó Sabina al despertarse al día siguiente, — Calixto quería esos saltones é ingredientes ingleses que se venden en las farmacias. Al parecer, la señora de Rochefide le acostumbra á toda clase de picantes.

Sabina dió orden de que se adquiriesen aquellos productos; pero era imposible que estuviese al tanto de todas las innovaciones y preparativos inventados por su rival.

Este período duró algunos meses, lo cual no tiene nada de particular si se tienen en cuenta los atractivos que ofrece una lucha. La lucha es la vida; y á pesar de sus heridas y de sus dolores, es mil veces preferible á las tinieblas de la pena, al veneno del desprecio y á esa muerte del corazón que se llama indiferencia. Sin embargo, Sabina perdió por completo el valor cuando, al presentarse una noche ataviada de ese modo que inspira á las mujeres el deseo de sobrepujar una á otra, Calixto le dijo riéndose:

—Será inútil cuanto hagas, Sabina, porque nunca serás más que una hermosa andaluza!

—¡Ay de mí! ¡Dios mío! —respondió la joven dejándose caer sobre un sofá, —ya sé que no podré ser nunca rubia; pero lo que sí sé es que, si esto dura, no tardaré en tener treinta y cinco años.

Se negó á ir á los Italianos y quiso quedarse en casa toda la noche. Una vez sola, se arrancó las flores de los cabellos, se desnudó y pisoteó su chal y toda su demás ropa, enteramente lo mismo que una cabra montés cogida en un lazo de su cuerda y que no se detiene hasta que siente la muerte. Después se acostó, y figúrese cuál sería el asombro de la camarera al ver la habitación en aquel desorden.

—No es nada, ha sido el señor —le dijo Sabina.

Las mujeres desgraciadas tienen á veces sublimes fatuidades.

En esta situación, Sabina fué perdiendo las carnes, el pesar la corroía; pero no abandonó nunca el papel que se había impuesto. Sostenida por una especie de fiebre, sus labios rechazaban las palabras amargas que el dolor le sugería, y reprimía el odio que asomaba á sus magníficos ojos negros procurando que sus miradas fuesen, más que cariñosas, humildes. Por fin, su languidez no tardó en notarse, y la duquesa, excelente madre, aunque su devoción

se hubiese hecho cada vez más portuguesa, vió una causa mortal en el estado verdaderamente enfermizo de Sabina, y como sabía la intimidación que existía entre Calixto y Beatriz, procuró atraer á su hija á su casa para curar las llagas de su corazón y evitar que continuase su martirio; pero Sabina guardó silencio durante mucho tiempo, temiendo que quisiesen mediar entre ella y Calixto. ¡La pobre decía que era feliz! y en el colmo de la desgracia salía virtuosa y altiva. Pero, después de un mes durante el cual Sabina fué acariaciada por su hermana Clotilde y por su madre, la esposa confesó sus penas, confió sus dolores, maldijo la vida, declaró que veía llegar la muerte con delirante alegría y rogó á Clotilde que se constituyese en madre del pequeño Calixto, que era el niño más hermoso que jamás raza real hubiese podido desear para presunto heredero.

Una noche, en presencia de su hermana Atenais, que debía casarse con el vizconde de Grandlieu al acabar la carrera, de Clotilde y de la duquesa, Sabina lanzó los lamentos supremos de la agonía del corazón, provocados por el exceso de una última humillación.

—Atenais —le dijo á su hermana una vez que el vizconde de Grandlieu se retiró, —vas á casarte; que mi desgracia te sirva de ejemplo; guárdate como de un crimen de ataviarte para agradar á Justo; muéstrate indiferente, digna y fría, y mide la dicha que das por la que recibes. La cosa es infame, pero es necesaria... Mira, yo soy víctima de mis cualidades, y todo lo que yo tengo de santo, de bueno, de grande y hermoso se convierte en otros tantos escollos contra los cuales se deshace mi dicha. Cesó de agradar porque no tengo treinta y seis años. A los ojos de ciertos hombres, la juventud es un defecto. Una cosa sencilla no deja nada que adivinar. Yo me río francamente y hago mal, porque, para seducir, hay que saber preparar esa semisonrisa melancólica de los ángeles caídos que se ven obligados á esconder unos dientes largos, grandes y amarillos. Una tez fresca es monótona, y resulta, al parecer, preferible la tez de muñeca hecha con un poco de colorete, de polvos de arroz y de cold cream. Yo soy honrada, y lo que gusta es la perversidad. Yo me muestro lealmente apasionada como mujer honrada, cuando debía emplear esos manejos y artificios de comediante de provincias. Yo estoy ebria de amor porque tengo por marido á uno de los hombres más encantadores de

Francia, y cuando le digo sencillamente que es elegante, que sus movimientos son graciosos y que es guapo, hago mal, porque, para agradarle, debía volver la cabeza con fingido horror y decirle que su distinción resulta de su aire enfermizo, de su aspecto de tísico, alabándole, en cambio, las espaldas del Hércules Farnesio, encolerizándole y ofendiéndole como si necesitase de una lucha para ocultar en el momento de la dicha algunas de esas imperfecciones que pueden perjudicar el amor. Tengo la desgracia de admirar las cosas hermosas, sin pensar en realzarme un poco mediante la crítica amarga y envidiosa de todo lo que respira belleza. Yo no necesito que Canalis y Nathan me digan en verso y en prosa que poseo una inteligencia superior. ¡Ah! ¡si yo hubiese corrido el mundo como *ella* y si hubiese dicho como *ella*: «¡Te amo!» en todas las lenguas de Europa, me vería alagada, adorada y tomaría parte en el festín macedónico de un amor cosmopolita! Nunca agradecen las ternuras más que cuando se ponen de relieve con maldades. En fin, yo, mujer noble, me veo precisada á instruirme en todas las impurezas y en todos los cálculos de las rameritas... ¡Y Calixto se deja engañar por esos artificios!... ¡Oh madre mía! ¡Oh Clotilde! me siento herida de muerte. Me encuentro sin defensa contra el dolor y amo á mi marido con locura, cuando, para recobrarle, debía mostrarme indiferente.

—¡Tonta!—le dijo Clotilde al oído,—haz como que quieres vengarte.

—No, quiero morir irreprochable y sin apariencia de culpa—respondió Sabina.—Nuestra venganza debe ser digna de nuestro amor.

—Hija mía—le dijo la duquesa,—una madre debe ver la vida con más sangre fría que tú. El amor no es el fin, sino que es un medio, y no vayas tú á imitar á la baronesa de Macumer. La pasión excesiva es infecunda y mortal. Por otra parte, Dios nos envía las aflicciones con conocimiento de causa... Ahora que está arreglado el casamiento de Atenais, podré ocuparme de ti. He hablado ya de la crisis que atraviesas con tu padre, con el duque de Chaulieu y con Ajuda, y buscaremos el medio de traer á Calixto á buen camino.

—Tratándose de la marquesa de Rochefide, no ofreceré grandes dificultades, porque acostumbra á conservar poco tiempo á su lado á sus adoradores—dijo Clotilde sonriendo á su hermana.

—Ajuda, ángel mío—repuso la duquesa,—ha sido cuñado del señor de Rochefide... Si nuestro querido director espiritual aprueba los manejos que pienso llevar á cabo para poner en práctica al plan que sometí al juicio de tu padre, puedo garantizarte la vuelta de Calixto. Mi conciencia siente repugnancia en servirse de semejantes medios, y quiero consultarlos con el abate Brossette. Hija mía, no esperaremos á que estés *in extremis* para correr á auxiliarte. Ten esperanza. Tu pena es tan grande esta noche, que se me escapa el secreto; pero, en fin, no puedo menos de darte alguna esperanza.

—¿Causará eso alguna pena á Calixto?—preguntó Sabina mirando á la duquesa con inquietud.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¿seré yo tan tonta como ella?—exclamó sencillamente Atenais.

—¡Ay hermana mía! ¡qué poco conoces las pendientes por donde nos precipita la virtud cuando se deja guiar por el amor!—exclamó Sabina al ver la admiración de su hermana.

Esta frase fué dicha con una amargura tan penetrante, que la duquesa, iluminada por el acento, por el tono y por la mirada de la baronesa de Guenic, creyó que su hija le ocultaba alguna nueva desgracia.

—Hijas mías, son ya las doce, retiraos—dijo la duquesa á sus dos hijas, cuyos ojos se animaban.

—¡Cómo! ¿también yo estoy de más aquí, á pesar de mis treinta y seis años?—preguntó burlonamente Clotilde.

Y mientras que Atenais abrazaba á su madre, ella se aproximó á Sabina y le dijo al oído:

—Ya me dirás lo que hay... Mañana iré á comer contigo.

Si mi madre tiene escrúpulos de conciencia, yo te arrancaré á Calixto de las manos de los infieles.

—Y bien, Sabina—dijo la duquesa llevando á su hija á su dormitorio,—veamos, ¿qué hay de nuevo, hija mía?

—Mamá, ¿estoy perdida!

—Y ¿por qué?

—He querido sobrepujar á esa horrible mujer, he vencido, estoy embarazada y Calixto está enamorado de tal modo, que preveo un completo abandono. Cuando *ella* sepa la infidelidad que le ha hecho, se pondrá furiosa. ¡Ah! ¡he sufrido demasiadas torturas para poder resistirle! Conozco cuando Calixto va á su casa por su alegría, y cuando vuelve de ella por su tristeza. En fin, él no disimula ya y me hace ver que

le soy insoportable. Esa mujer tiene sobre él tal influencia, que ya verás cómo le exigirá, como precio de alguna reconciliación, un abandono público, una ruptura del mismo género que la suya, y cómo me lo llevará acaso á Suiza ó á Italia. Empieza á encontrar ridículo el no conocer Europa, y yo creo adivinar lo que significan sus palabras. Si Calixto no está curado dentro de tres meses, no sé lo que ocurrirá... ¡Me mataré!

—¡Desgraciada! ¿y tu alma? El suicidio es un pecado mortal.

—Esa mujer es capaz de darle un hijo, y ¡si Calixto amase más al de esa mujer que á los míos!... ¡Oh! ¡mi paciencia y mi resignación se han agotado!

Y esto diciendo, se dejó caer sobre una silla: había comunicado los últimos pensamientos de su corazón, no tenía dolor alguno oculto; y el dolor es como ese alambre que los escultores colocan en el interior del yeso para que lo sostenga.

—Vamos, vuélvete á casa, hija mía. Al ver que es para evitarte tantas desgracias, acaso el cura me dará la absolución de los pecados veniales que las astucias del mundo nos obligan á cometer. Déjame, hija mía—dijo arrodillándose en un reclinatorio,—voy á rogar por ti á Nuestro Señor y á la Virgen Santa. Adiós, Sabina querida; si quieres que todo salga bien, no olvides ninguno de tus deberes religiosos.

—Madre mía, nuestro triunfo sólo servirá para salvar la familia. Calixto ha muerto en mí el santo fervor del amor hiriéndome en todo, hasta en mi dolor. ¡Qué luna de miel la mía, que estuvo amargada ya por la idea de un adulterio retrospectivo!

Al día siguiente, á eso de la una de la tarde, uno de los curas del arrabal Saint-Germain, designado para uno de los obispados vacantes en 1840, asiento rechazado tres veces por él, el abate Brossette, que era uno de los sacerdotes más distinguidos del clero de París, atravesaba el patio del palacio de Grandlieu con paso que hay que llamar eclesiástico; de tal modo denota la prudencia, la calma, el misterio, la gravedad y hasta la dignidad mismas. Aquel hombre, pequeño y delgado y de unos cincuenta años, tenía una cara blanca como la de una vieja, ajada por los ayunos del sacerdote y surcada por todos los sufrimientos que él se proporcionaba. Dos ojos negros, ardientes de fe, pero suavizados

por una expresión más misteriosa que mística, anunciaban aquella faz de apóstol. Desconfiaba tanto de la enormidad de las cosas que quería consultarle su oveja, que al subir los peldaños de la escalinata exterior iba sonriéndose; pero la prodigalidad de la duquesa para las limosnas valía bien el tiempo que sus inocentes confesiones robaban á los asuntos serios de la parroquia. Al oír que anunciaban al cura, la duquesa se levantó y dió algunos pasos hacia él por el salón, distinción esta que no concedía ella más que á los cardenales, á los obispos, á los sacerdotes, á las duquesas de más edad que ella y á las personas de sangre real.

—Mi querido abad—le dijo designándole un sofá y habiéndole en voz baja,—necesito sus consejos antes de aventurarme á una malvada intriga, de la cual debe resultar un gran bien.

—Señora duquesa—respondió el abate Brossette,—no mezcle usted las cosas mundanas con las espirituales, que son las más de las veces inconciliables. Pero, veamos, ¿de qué se trata?

—Mi hija Sabina se muere de pena porque su esposo la abandona por la marquesa de Rochefide.

—Eso es atroz, eso es grave; pero ya sabe usted lo que dice sobre este punto nuestro querido san Francisco de Sales. En fin, acuérdesse usted de la señora de Guyón, que se lamentaba de la falta de misticismo en las pruebas del amor conyugal, y que se hubiera considerado muy feliz viendo á su marido en brazos de una señora Rochefide.

—No, Sabina se muestra cariñosa y es en un todo la esposa cristiana; pero no tiene afición alguna al misticismo.

—¡Pobre mujer!—dijo maliciosamente el cura.—Y ¿qué ha pensado usted para remediar esa desgracia?

—Querido director, he cometido el pecado de pensar en soltar á la señora de Rochefide un caballero guapo, voluntario y lleno de buenas cualidades, que seguramente hará que despidá á mi yerno.

—Hija mía—dijo el sacerdote acariciándose la barba,—aquí no estamos en el tribunal de la penitencia y yo no he de tratarla como juez severo. Desde el punto de vista mundano, declaro que eso me parece decisivo.

—Es que á mí me pareció verdaderamente odioso el hecho—repuso la duquesa.

—Y ¿por qué? Es claro que el deber de una cristiana es

retirar á una mujer perdida de la mala senda, y no empujarla hacia adelante; pero cuando la culpable se encuentra tan lejos del buen camino como la señora de Rochefide, entonces no es el brazo del hombre el que guía á esas pecadoras, sino el brazo de Dios, y necesitan castigos muy duros.

—Padre mío—repuso la duquesa,—le doy las gracias por su indulgencia; pero he pensado que mi yerno es valiente y bretón, y así lo probó cuando la algarada de la pobre Señora. Ahora bien, si el aturdido joven que se encargue de hacer el amor á la señora de Rochefide se encontrase con Calixto, podría resultar un duelo.

—Señora duquesa, las palabras de usted me muestran que es usted previsora y prueban que en esas sendas tortuosas siempre se encuentran obstáculos.

—He descubierto un medio de hacer un gran bien: de retirar á la señora de Rochefide de la senda fatal en que se encuentra, de devolver su esposo á Sabina y acaso de salvar del infierno á una pobre oveja descarriada.

—Pero, entonces, ¿para qué me consulta usted?—dijo el cura sonriéndose.

—¡Ah!—repuso la duquesa,—es que hay que cometer acciones bastante feas.

—¿Quiere usted robar á alguien?

—Al contrario, la cosa no costará mucho dinero.

—¿No calumnia usted á nadie? ¿No...?

—¡Oh!

—¿No perjudica usted á su prójimo?

—¡Caramba! no lo sé.

—Veamos su nuevo plan—dijo el sacerdote con curiosidad.

—Si, en lugar de sacar un clavo con otro clavo, pensaba en mi reclinitorio después de implorar á la Virgen Santa que me iluminase, hiciéese que la señora de Rochefide despidiese á Calixto y le persuadiese de que volviese á su hogar; en lugar de obrar el mal para operar el bien de mi hija, haría un bien por otro bien.

El cura miró á la portuguesa y quedóse pensativo.

—Indudablemente, la idea le ha sido á usted sugerida de un modo que...

—¡Oh! ya le he dado las gracias á la Virgen—repuso la buena y humilde duquesa,—y, sin contar la novena, he hecho voto de dar mis doscientos francos á una familia pobre si

salgo airosa en mi empresa. Cuando le comuniqué este plan á mi marido se echó á reír y me dijo: «¡Palabra de honor que las mujeres debéis tener un diablo en el cuerpo á vuestra edad!»

—El señor duque ha dado, como marido, la respuesta que yo le iba á dar cuando usted me ha interrumpido—repuso el sacerdote no pudiendo menos de sonreír.

—¡Ah! padre mío, si aprueba usted la idea, ¿aprobará los medios de ejecución? Se trata de hacer en casa de una tal señora de Schontz, que es una Beatriz del arrabal de San Jorje, lo que quería hacer en casa de la señora de Rochefide para que el marqués vuelva á unirse á su mujer.

—Estoy seguro de que usted no puede hacer nada malo—dijo graciosamente el cura sin querer saber ya nada más.—Y si en lugar de dar á esa señora de la calle de San Jorge una nueva ocasión de escándalo, ¿le procurase usted un marido?

—¡Ah! mi querido director, usted ha rectificado la única cosa mala que tenía mi plan. Es usted digno de ser arzobispo, y espero que no he de morirle sin decirle Su Excelencia.

—No veo en todo esto más que un inconveniente—repuso el cura.

—¿Cuál?

—Que la señora de Rochefide siga conservando al barón después de unirse á su marido.

—Eso corre de mi cuenta—dijo la duquesa.—Cuando se arman pocas intrigas, se hacen las cosas bien.

—Al contrario, mal, muy mal—repuso el sacerdote,—porque la costumbre es necesaria para todo. Procure aliarse con alguno de esos sujetos que viven en la intriga, y que la dirija él, sin mezclarse usted para nada.

—¡Ah! señor cura, sirviéndonos del infierno, ¿estará el cielo con nosotros?

—Ahora no está usted confesándose—repuso el abad;—salve usted á su hija.

La buena duquesa, encantada de su sacerdote, lo acompañó hasta la puerta del salón.

Como se ve, una tormenta se cernía sobre la cabeza del señor de Rochefide, el cual gozaba en este momento de la mayor suma de dicha que puede desear un parisiense, siendo tan marido de la señora de Schontz, como podía serlo de

Beatriz; y, como habla dicho el duque á su mujer, parecía imposible que nadie pudiese alterar tan encantadora y completa existencia. Esta presunción obliga á dar aquí ligeros detalles acerca de la vida que hacía el señor de Rochefide desde que su mujer le había abandonado. Con esto se podrá comprender bien la enorme diferencia que nuestras leyes y nuestras costumbres establecen entre los dos sexos. Todo lo que es desgracia para una mujer abandonada, se convierte en dicha para un hombre abandonado. Este chocante contraste inspirará acaso á más de una joven la resolución de permanecer en su casa y de luchar en ella, como Sabina de Guenic, practicando á su elección las virtudes más maliciosas ó las más inofensivas.

Algunos días después de la escapada de Beatriz, Arturo de Rochefide, que pasó á ser hijo único á causa de la muerte de su hermana, primera mujer del marqués Ajuda Pinto, que no tuvo hijos, se vió dueño, en primer lugar del palacio de Rochefide, situado en la calle de Anjou-Saint-Honoré, y además de doscientos mil francos de renta que le dejó su padre. Esta opulenta herencia, añadida á la fortuna de su mujer, hizo ascender su renta á la suma de mil francos diarios. Para un hombre dotado del carácter que la señorita de Touches descubrió á Calixto en pocas palabras, esta fortuna constituía ya la dicha. Mientras que su mujer se entregaba á la maternidad y al amor, Rochefide gozaba de una inmensa fortuna, si bien gastaba tan poco dinero como gracia. Su gran vanidad, satisfecha ya con la fama de hombre hermoso, á la cual debió algunos éxitos que le autorizaban para despreciar á las mujeres, empezaba á comunicarse á la esfera de su inteligencia. Dotado de esa especie de gracia que hay que llamar reflectora, se apropiaba las salidas ajenas que oía en las piezas de teatro ó que leía en los periódicos, repitiéndolas y aplicándolas como fórmulas de crítica. Por otra parte, su alegría militar, comunicada á las conversaciones, contribuyó á que las mujeres sin talento lo proclamasen hombre de chispa, sin que las otras se atreviesen á contradecirlas. Arturo seguía este sistema en todo, pues sin ser mono debía á la naturaleza el genio de la imitación, y lo imitaba todo gravemente. Aunque no tenía gusto, sabía ser siempre el primero en dejar y adoptar las modas. Acusado de pasar demasiado tiempo en el tocador y de llevar corsé, era un modelo de esa clase de tipos que no desagradan á nadie y

que no envejecen nunca. Al verlo abandonado, todo el mundo lo compadeció. Beatriz pareció á todo el mundo inexcusable por haberle abandonado, y el ridículo sólo le alcanzó á ella. Miembro de todos los clubs, suscriptor á todos los perioducuchos que originan el patriotismo ó el espíritu de partido mal entendido, complacencia esta que contribuía á que figurase en primera línea en todo, este leal, bueno y estúpido hidalgo, á quien, desgraciadamente, se parecen muchos ricos, había de querer naturalmente distinguirse con alguna manía que estuviese de moda: se alababa, pues, de ser el sultán de un serrallo con hembras de cuatro patas, gobernado por un viejo caballero inglés y que le costaba cuatro ó cinco mil francos al mes. Su especialidad consistía en el ganado de carrera; protegía la raza caballar y sostenía una revista consagrada á la cuestión hípica; pero entendía poco en caballos, y desde las bridas hasta las herraduras lo dejaba al cuidado de su caballero. Bastará con decir que este semisoltero no tenía nada propio: ni su gracia, ni su gusto, ni su situación, ni su ridiculez; hasta su fortuna provenía de sus padres. Después de haber gustado las molestias del matrimonio, se consideró tan feliz al verse soltero, que solía decir á sus amigos: «¡He nacido de piel!». Satisfecho sobre todo pudiendo evitar los gastos de representación que están obligados á hacer los jóvenes recién casados, su palacio, donde nada había cambiado desde la muerte de su padre, se parecía al de aquellas gentes que están de viaje; Rochefide vivía poco en él, no comía nunca y rara vez iba á dormir á él. He aquí la razón de esta indiferencia.

Después de muchas aventuras amorosas, cansado de las mujeres del mundo, que son verdaderamente fastidiosas y que suelen rodear la dicha de demasiadas espinas, se había liado, como vamos á ver, con la señora Schontz, célebre en el mundo de las Fanny Beaupré, de las Susanas de Val-Noble, de las Marietas, de las Florentinas, de las Jenny Cadine, etc. Ese mundo, del que uno de nuestros dibujantes dijo con mucha gracia, mostrando el torbellino que formaba en el baile de la Opera: «Cuando se piensa que todo eso se alquila, se viste y vive bien, acaba uno por formarse una idea triste del hombre!» ese mundo tan peligroso ha hecho ya irrupción en esta historia de las costumbres con las figuras típicas de Florina y de la ilustre Málaga, que figuran en una *Hija de Eva* y en la *Querida simulada*; pero, para

describirlo con fidelidad, el historiador debe de proporcionar el número de estos personajes á la diversidad de sus singulares existencias, que acaban con la indigencia bajo la forma más odiosa, con muertes prematuras, con el bienestar, con matrimonios felices y, á veces, con la opulencia.

La señora Schontz, conocida al principio con el nombre de la Pequeña Aurelia, para distinguirla de una rival suya mucho menos graciosa que ella, pertenecía á la clase más elevada de esas mujeres cuya autoridad no puede ser puesta en duda ni por el prefecto del Sena ni por los que se interesan por la prosperidad de la ciudad de París. Ciertamente que la *rata* tachada de demoler fortunas á veces hipotéticas, sólo puede rivalizar con el castor. Sin las Aspasia del barrio de Nuestra Señora de Loreto, no se construirían tantas casas en París. Cual gastadores del ejército, esas mujeres, remolcadas por la especulación, van plantando sus tiendas á lo largo de las colinas de Montmartre, en aquellas soledades de piedras esculpidas que pueblan las calles europeas de Milán, Amsterdam, Estocolmo, Londres y Moscou, estepas arquitectónicas donde el viento hace mugir á innumerables rótulos que acusan el vacío con estas palabras: *Casas para alquilar*. La situación de estas señoras se determina por la que ocupan en estos barrios apócrifos: si su casa está próxima á la línea trazada por la calle de Provenza, la mujer tiene rentas y su presupuesto es próspero; pero si esta mujer asciende hasta la línea de los bulevares exteriores ó hasta la horrible villa de Batiñoles, es que carece de recursos. Ahora bien, cuando el señor de Rochefide encontró á la señora Schontz, ésta ocupaba el tercer piso de la única casa que existía en la calle de Berlín, y estaba, por lo tanto, acampada entre la frontera de la desgracia y París. Ya debéis comprender que esta mujer no se llamaba ni Schontz ni Aurelia, sino que ocultaba el nombre de su padre, veterano del Imperio, eterno coronel que florece al calor de esas existencias femeninas, ya como padre ó ya como seductor. La señora Schontz había recibido la educación gratuita de San Dionisio, donde se educa admirablemente á las jóvenes, pero donde éstas no encuentran ni maridos ni salida al abandonar aquella escuela, *admirable creación del Emperador*, á la que no falta más que una sola cosa: ¡el Emperador! «Yo estaré ahí para procurar maridos á esas jóvenes con mis soldados!» había respondido el general á la

observación de uno de sus ministros que preveía el porvenir. Napoleón también había dicho: «¡Yo estaré ahí!» á los miembros del Instituto, á los cuales más valió que no les diesen sueldo, antes que enviarles *ochenta y tres francos al mes*, paga inferior á la de muchos dependientes de comercio. Aurelia era, en efecto, hija del intrépido coronel Schiltz, que era uno de los jefes de aquellos audaces partidarios alsacianos que estuvieron á punto de salvar al Emperador de la campaña de Francia, y que murió en Metz, robado y arruinado. En 1814, Napoleón puso en San Dionisio á la pequeña Josefina Schiltz, que contaba á la sazón nueve años. Huérfana de padre y madre, sin asilo y sin recursos, esta pobre niña no fué despedida del colegio á la segunda vuelta de los Borbones, sino que siguió siendo la directora de él hasta 1827, época en que perdió la paciencia y se propuso sacar partido de su belleza. A su mayor edad, Josefina Scholtz, ahijada de la emperatriz, emprendió la vida aventurera de las entretenidas, invitada á ese dudoso porvenir por el ejemplo fatal de algunas compañeras que carecían, como ella, de recursos y que aplaudieron su resolución. Sustituyó el *él* del nombre paterno por *su*, y se colocó bajo el patronato de santa Aurelia. Vivaracha, inteligente é instruída, Aurelia hizo más progresos que sus estúpidas compañeras, cuyos amores todos tuvieron por base el interés. Después de haber conocido escritores pobres, pillos, é inteligentes, pero llenos de deudas; después de haber intentado explotar á algunos hombres ricos tan calculadores como estúpidos; después de haber sacrificado lo sólido al amor verdadero y de haber frecuentado todas las escuelas donde se adquiere experiencia, un día de extrema miseria, en que bailaba, vestida con una bata, un sombrero y una mantilla prestados en casa de Valentino, llamó la atención de Arturo, que había ido allí para ver el famoso galop. La huérfana fanatizó con su talento á aquel hidalgo que no sabía ya á qué entregarse, y dos años después de haber sido abandonado por Beatriz, el marqués no fué vituperado por nadie al casarse en el décimo tercio distrito de París con una Beatriz de ocasión.

Bosquejemos aquí las cuatro estaciones de esta dicha. Es necesario demostrar que la teoría del matrimonio en el décimo tercio distrito alude igualmente á todos los administrados. Sea usted marqués y cuadragenario, ó sexagenario y marqués retirado, seis veces millonario ó rentista (véase

un *Debut en la vida*), gran señor ó plebeyo, la estrategia de la pasión, salvo las diferencias inherentes á las zonas sociales, no varían nunca. El corazón y la caja están siempre en concordancia exacta y definida. Finalmente, estimaréis las dificultades que la duquesa debía encontrar para la ejecución de su caritativo plan.

No es posible formarse idea del efecto que producen ciertas palabras en las gentes ordinarias, ni el mal que hacen las gentes de chispa que las inventan. Por ejemplo: ningún tenedor de libros podría calcucar las sumas que han quedado improductivas y encerradas en el fondo de los corazones generosos y de las cajas por esta innoble frase: ¡Hacer el primo!

Esta palabra se ha hecho tan popular, que bien puede uno permitirse sacarla en estas páginas. Por otra parte, para penetrar en el décimo tercio distrito, es preciso aceptar su pintoresco patuá. El señor de Rochefide, como todo hombre de pocos alcances, temía siempre ser *emprimado* (el sustantivo se ha convertido ya en verbo). Desde que empezó á sentir su pasión por la señora de Schontz, Arturo estuvo siempre alerta y se mostró muy *rata*, como dicen en el caló de los talleres de pintura. La palabra *rata*, cuando se aplica á una joven, significa el comensal, pero aplicada al hombre significa el anfitrión que escatima. La señora Schontz tenía demasiado talento y conocía demasiado bien á los hombres, para no concebir las mayores esperanzas al ver semejante principio. El señor de Rochefide alquiló por quinientos francos al mes á la señora Schontz, le amuebló mezquinamente una habitación de mil doscientos francos en la calle de Coquenard y se puso á estudiar el carácter de Aurelia, la cual, al apercibirse de aquel espionaje, procuró disimular sus defectos, de tal modo, que el marqués encantóse de encontrar una joven dotada de tan buen carácter, aunque no le asombró, pues su madre había sido una mujer distinguida y Aurelia había recibido muy buena educación: hablaba el inglés, el alemán y el italiano; conocía á fondo las literaturas extranjeras y podía luchar sin desventaja con pianistas de segundo orden. Y ¡fijaos bien en este detalle! hacía con sus conocimientos como las personas bien nacidas, es decir, no decía palabra. Por otra parte, cogía el pincel en casa de un pintor, lo manejaba por burla y hacía una cabeza bastante bien para producir un asombro general. Durante

el tiempo que había sido directora, para distraer sus ocios, había hecho progresos en el dominio de las ciencias; pero su vida de mujer entretenida había cubierto aquellas semillas con una capa de sal, y, naturalmente, hizo honor á su Arturo de la florescencia de estos gérmenes preciosos recultivados para él. Aurelia empezó, pues, por ser tan desinteresada como voluptuosa, logrando así esta débil corbeta enganchar seguramente sus garfios á aquel buque de gran porte. Sin embargo, á fines del primer año, Aurelia hacía un ruido infernal con sus zuecos, haciendo de modo de poder entrar en el momento en que el marqués la esperaba, y ocultaba de un modo visible los bajos de sus faldas llenas completamente de barro. Por fin, supo persuadir de tal modo á su gran papá de que toda su ambición, después de tantas alternativas, estribaba en conquistarse honradamente una posición desahogada, que, diez meses después de su encuentro, se declaró la segunda fase.

La señora Schontz logró un hermoso piso en la calle Nueva de San Jorge. Arturo, no pudiendo ya disimular su fortuna á la señora Schontz, le dió magníficos muebles, un servicio completo de mesa de plata, mil doscientos francos al mes, un cochecito con un caballo y un criadito para el mismo. La Schontz no le agradeció esta magnificencia, porque descubrió los motivos de la conducta de Arturo y vió en ella cálculos de rata. Cansado de la vida de la fonda, donde la carne es casi siempre execrable y donde una comida cuesta sesenta francos para uno y doscientos francos cuando se invita á tres amigos, Rochefide ofreció á la señora Schontz cuarenta francos diarios por su comida y la de un amigo. Aurelia se guardó bien negarse á ello. Después de haber hecho aceptar todas sus letras de cambio de moral, la Schontz fué escuchada favorablemente cuando reclamó quinientos francos más al mes para su tocado á fin de no avergonzar á su gran papá, cuyos amigos todos pertenecían al Jockey Club.

—¡Sería bonito que Rastignac, Máximo de Trailles, Esgrignon, La Roche-Hugón, Ronquerolles, Laginski, Lononcourt y otros le encontrasen á usted con una señora Everard! Por otra parte, confíe usted en mí, papaito, y saldrá ganando.

En efecto, Aurelia procuró desplegar nuevas virtudes en esta nueva fase, y se inició en su papel de ama de casa, sacando de él gran partido.